

De amor la llama

Gerardo de la Torre

Noctámbula

La hora del dentista

La educación del perro

De amor la llama

Telegrama

Palabrujería

El amigo de Francisco

Tecito de canela

Vengan acá esos cuatro

Gatoviejo

Un cadáver en la esquina

Esmeralda en el Metro

El mediocampista

Oregon

Un accidente a la orilla del río

Noctámbula

A Petróvich Armendáriz

La primera víctima, una manicurista de nombre Ana María, fue hallada al amanecer entre unos matorrales en la esquina de Tajín y Xola. Había muerto de varias puñaladas en el pecho y el forense determinó que antes de morir fue violada. Durante las siguientes cinco semanas tres mujeres más corrieron suerte semejante: violación seguida de apuñalamiento. Las tres fueron encontradas en territorios de la colonia Narvarte: una en el estacionamiento abierto del hotel Esperanza, en la calle del mismo nombre; la segunda a las puertas del teatro 11 de Julio, en la calle Doctor Vértiz; la última en los prados del parque Las Américas.

Según los dictámenes periciales los hechos ocurrieron siempre cerca de la medianoche. Desde el primer hallazgo las autoridades intensificaron la vigilancia nocturna y comenzaron a interrogar a los vecinos, sin obtener datos significativos. En todos los casos se trataba de mujeres de vida solitaria, solteras de treinta a treinta y ocho años de edad, sin amores ni odios reconocidos. Un mínimo detalle que las vinculaba, era que todas acostumbraban salir a caminar por las noches.

Desde que se divulgó la muerte de Ana María, Celina González empezó a coleccionar los recortes periodísticos que aludían al violador de Narvarte y sus víctimas. Ella, como las muertas, era narvarteña, soltera y solitaria, y sólo se diferenciaba en la edad. Tengo poco más de cuarenta, confesaba, pero cuidándose de aclarar que esos poco más eran seis; a decir verdad, casi siete.

Era Celina, lo fue desde siempre, mujer condenada a la tristeza y la desventura. Flaca y sin gracia, desde niña sufrió el rechazo de los varones. No solamente por su clara fealdad sino porque su fealdad era paradigmática: descuadrado el rostro, gruesa y remangada la nariz, como de simio, turbios los ojos, picada por la viruela la epidermis cenicienta, los labios magros y agrietados, secos los pechos, desnalgada, piernecitas de garza. Fea sin remedio la desdichada, más fea que el pecado sin penitencia.

Tan desalentadoras características impidieron que tuviera novios, o siquiera pretendientes, en la escuela primaria y en la secundaria. Después de cumplir los quince, que le festejaron con un viaje de dos días a Guanajuato, tuvo la suerte de hallar trabajo en una panadería. A los diecinueve, su padre le consiguió empleo en la burocracia, de modo que en los días del violador le faltaba un par de años para jubilarse. Pero de novios o amantes, nada, nunca. Y ahora, rebasados sus mejores años —ilegítima expresión, pues no hubo en esos años un mes o un día feliz, ajeno a la amargura—, había renunciado a toda esperanza de trato carnal.

Cada noche se sentaba Celina a hojear el cuaderno en el que había pegado los recortes. Repasando sin tregua los pormenores, lamentaba el destino de aquellas mujeres y a la vez, al principio de forma inconsciente, lo envidiaba. De una parte colocaba la muerte brutal a que fueron sometidas y de la otra el acto no menos atroz —y sin embargo para ella aceptable, codiciado— de reducir las y penetrarlas. Y de aquellas lecturas repetidas le fue naciendo la idea de ofrendarse al martirio a cambio de obtener esa vez única, por fuerza irrepetible, lo que la vida le había negado. Y la idea devino obsesión y la obsesión la arrojó a la aventura de fatigar, noctámbula, las calles de Narvarte.

Vivía Celina en la calle de Mitla, a dos pasos de la avenida Universidad, no lejos de los escenarios de violación y muerte. Ese mes de diciembre, el último de su existencia, noche a noche pasaba horas enteras frente al espejo maquillándose y al filo de las doce, ataviada con un vestido largo y llamativo, siempre el mismo, que no lograba disimular del todo sus carencias, se echaba a andar por las más abandonados y tenebrosos sitios de la colonia.

Un día tomaba la calle Cumbres de Acultzingo, seguía por Monte Albán, Tepozteco, la arbolada glorieta llamada Manuel Crescencio Rejón, Cumbres de Maltrata, Xochicalco, Esperanza, el parque Las Américas. Y de vuelta.

Otro caminaba por Xola, Doctor Vértiz, la diagonal San Antonio, Yácatas, la calle de la Morena, penetraba en Petén, en Icacos, rodeaba la sórdida Unidad Habitacional Esperanza. Y nada.

A veces, por avenida Universidad bajaba a Casas Grandes, seguía por Caleta, Zempoala, Obrero Mundial, daba vuelta a la izquierda en Uxmal. Y aquí se dio el encuentro con la fatalidad. Ocurrió un domingo 28 de diciembre, Día de los Inocentes

según el santoral. Pero no había inocencia ni en el acecho del desconocido ni en la afanosa obcecación de Celina.

Caminando por Uxmal en dirección sur, cruzó la calle de la Esperanza faltando diez minutos para la medianoche. Cincuenta metros adelante, antes de llegar al mercado, dobló en una calle cerrada, se internó en aquel callejón tétrico. Intempestivamente una mano poderosa asió su cabellera, un golpe en la nuca la derribó. Fue arrastrada diez pasos, introducida en un portal apenas iluminado. Palpitante, temblorosa, estremecida por sensaciones de gozo y de temor, logró distinguir los rasgos pétreos del hombre que mantenía en lo alto una daga amenazante. Ese hombre, su hombre, primero y único, examinó el pintarrajeado rostro, el cuerpo escuálido. Al final desplegó los labios, mostró la dentadura.

Respondió Celina con una dulce sonrisa. Ya no temía.

—¿Sabes? —dijo entonces el hombre—. A ti nada más te voy a matar.

La hora del dentista

Renato René estaba sentado en el sillón del dentista con la boca abierta, mirando la fresadora. Horas antes de acomodarse en el temible asiento había tocado a la puerta de Sergio, estuvo unos segundos echándose vaho en las manos y frotándose las, y luego vio la cabeza de cabellos alborotados, los ojos soñolientos, legañosos, la boca abierta en un bostezo, el torso desnudo, el pantalón vaquero, los pies descalzos. Sergio terminó el bostezo, clavó los ojos en el rostro de Renato. Gritó:

—¡Carajo! ¿Tan temprano? ¿Qué quieres?

Renato colocó una mano sobre su inflamada mejilla y procuró adoptar el gesto doloroso tantas veces ensayado frente al espejo.

—Es la muela, Sergio, otra vez la muela. El dolor no me ha dejado dormir.

—¿Y qué quieres que haga?

—Tienes que ayudarme, tienes que hacerme el favor.

Sergio franqueó el paso para que Renato entrara al mínimo cuarto de azotea. Se sentó sobre la cama revuelta y comenzó a ponerse los calcetines lentamente, con desgano.

—¿Qué favor?

Renato evadió la dura mirada de Sergio, persiguió el vuelo de una mosca y al final puso los ojos en los recortes de periódicos pegados con chinches en una pared.

—Ya no puedo con este suplicio. Tengo que ir a que me saquen la muela. Acompañame.

Sergio se puso los zapatos, dijo espérame y salió a lavarse la cara con agua de la pileta. Renato, de pie junto a una mesa diminuta, hurgaba entre los papeles de su amigo y escuchaba el sonido del agua y las maldiciones de Sergio al contacto con el agua helada. Vio la toalla colgada de un clavo tras la puerta, la tomó y salió con ella. Sergio se frotaba el pecho y las axilas con las manos húmedas, resoplaba sin cesar. Renato lo sorprendió al

echarle la toalla en la cara. Sergio la sostuvo y comenzó a secarse. Renato lo observaba con ternura.

Pero el dolor no cedía. El feroz tornillito se hincaba en la carne, irremisible a pesar de los analgésicos que había ingerido toda la noche. No quedaba otro remedio: el dentista. Una inyección dolorosa pero breve, el adormecimiento de la encía, las pinzas forcejeando en la boca, los espantosos crujidos y al fin salía esa muela oscura y carcomida. Renato René estaba decidido, pero necesitaba la compañía de Sergio para darse valor, para evitar que le salieran ayes y lágrimas en el momento de la inyección.

Sergio volvió a su cuarto esquivando macetas con plantas secas. Renato se quedó un momento mirando el cielo bajo y nuboso —ni sol habrá hoy, qué lástima— y luego entró al cuarto. Sergio se echaba talco en las axilas, después se puso la camisa y un suéter y comenzó a cepillarse el pelo.

—¿Por qué no tomas antibiótico? —aconsejó Sergio—. Cuando los dolores no se quitan con nada, es que hay infección.

—Mejor que me la saquen de una vez. Ya no la aguanto.

—Allá tú. Es tu muela.

Para distraerse un poco y olvidar el dolor, Renato tomó la escoba y amontonó la basura del cuarto en un rincón. Sergio terminó de arreglarse el cabello.

—Ya estoy listo —dijo—. Pero tengo mucha hambre, quiero desayunar.

—Vamos primero con el dentista y luego te invito. No seas malo. Ya no puedo más.

Bajaron las escaleras. Sergio muy rápido, a saltos, y Renato con suavidad para no desatar dolores más intensos. Luego subieron a un colectivo que los dejó a pocas calles del consultorio del doctor Gaviño en la colonia Roma. Sergio iba de mala gana, enfurruñado, pateando piedrecitas, una lata de cerveza, nada. Renato caminaba quejándose, pálido, cada vez con más miedo. En la puerta del consultorio Renato tuvo un acceso de arrepentimiento que Sergio le ayudó a vencer con un empujón.

—Acuérdate, luego no puedes dormir.

Renato retuvo un momento a Sergio, dejó caer la cabeza sobre su pecho oloroso a loción.

—Es que tengo mucho miedo. Le tengo terror a los dentistas.

Sergio se desprendió del abrazo.

—No seas cobarde —dijo con arrogancia.

Renato asintió y entraron al consultorio.

Una recepcionista muy gruesa, vestida de blanco, dijo a los muchachos que había un paciente en el sillón y también esperaba ese viejecito que, agazapado en el sofá, hojeaba revistas. Renato y Sergio se acomodaron en el mismo sofá.

Quince minutos después salió el paciente. Tenía muy mala cara y con voz desfalleciente pidió a una cita a la empleada. El anciano dejó la revista y abandonó la sala. La mujer terminó sus anotaciones en la agenda, dio fecha y hora al solicitante y se fue tras el viejo.

Renato colocó una mano sobre la rodilla de Sergio y reclinó la cabeza en su propio antebrazo. Esperaba que la mano de Sergio le corriera suave por la nuca, pero Sergio no estaba de humor y solamente se movió un poco y comenzó a tamborilear en el brazo del sofá. Cuando volvió la mujer, Sergio se levantó y se puso a pasear por la sala, tres pasos hacia acá tres hacia allá, ajeno a la presencia y el sufrimiento de su amigo. Renato permanecía en el sofá, con las manos entrelazadas y la frente descansando sobre los nudillos.

Fueron treinta o cuarenta minutos que a Renato se le hicieron horas. Escuchaba el zumbido de la fresadora y se ponía más y más asustado, nervioso y tenso, y la tensión aumentaba el dolor y el dolor lo ponía irritable y ni siquiera le quedaba el recurso de descargar la irritación en Sergio, gritarle que se largara, no quería volver a verlo. Allí estaba la mirada juzgona de la recepcionista, aquellas orejas puntiagudas, demasiado cartilaginosas, una rechoncha presencia, ferozmente real. Sergio se paseaba imperturbable y de pronto una violenta carcajada del doctor Gaviño rompió la tensión. Ya no se escuchaba el ruido de la fresadora. Pronto saldría el viejo con pasos cortos y vacilantes y la mujer de blanco, señalando la blanca puerta, ordenaría que entraran.

El doctor se portó amable. Hizo que Renato se sentara en el sillón y le preguntó qué pasaba. Renato contó lo de su muela y los dolores incontrolables.

—A ver, vamos a ver.

El doctor le echó una buena mirada a la pieza y dijo que la extraería. Fue a preparar la jeringa y el cartucho de xylocaína.

Y ahora Renato René estaba sentado en el sillón con la boca abierta, mirando la fresadora y escuchando esos ruidos metálicos que lo aterrizaraban. Dijo el doctor qué tiempo tan malo, no recuerdo que tan temprano, en octubre, hiciera frío otros años, y colocaba el cartucho dentro de la jeringa, lo bueno es que mi consultorio es calentito, si no, y se acercaba al sillón blandiendo el instrumento, no tengas miedo, es cosa de un piquetito, y hacía que Renato abriera bien la boca y colocaba la palma de su mano libre en el maxilar inferior, si quieres te pongo esencia de clavo, pero de veras que no es nada, y la aguja se clavaba en la encía y el cuerpo de Renato acusaba el pinchazo con un quejido y un estremecimiento y Renato sentía cómo entraba el líquido y se diseminaba en los tejidos.

—Vamos a esperar un poco para que haga efecto la anestesia, digamos diez minutos — dijo el doctor y tomó un molde dental y se puso a trabajar con la fresadora.

Renato se cubrió los oídos para acallar el zumbido espantoso. Y paulatinamente se dio cuenta de que no sentía nada, el dolor había desaparecido y dentro de poco sólo sería un recuerdo. El dentista apagó la fresadora y guardó el molde en una vitrina.

—Creo que ya podemos sacar esa muela.

El doctor Gaviño dio unos golpecitos en la pieza con el mango de un espejo dental.

—¿Duele?

No, para nada. Renato sólo sentía un gran entumecimiento.

—Bueno, vamos a sacarla de una vez.

La mano de Renato René tembló en el aire.

—¡Sergio! ¡Sergio!

—¿Qué quieres?

—Ven, acércate.

Sergio se aproximó y una mano de Renato buscó sus manos, halló una, se apoderó de ella, la apretó entre las suyas. El dentista, empuñando las pinzas, se inclinó sobre el rostro de Renato.

—No se me vaya a mover, no va a pasar nada —dijo con voz imperativa.

Las pinzas capturaron la muela y Renato percibió breves sacudimientos, crujidos, la carne desgarrándose. Pero no había dolor. El dentista se incorporó.

—¡Qué buenas raíces tenía! Muy profundas.